

Yakutsk, y viendo la inmovilidad de los ingleses empezaron á disparar al abrigo de lejanos traveses sembrando de cadáveres el espacio que los separaba del enemigo, hasta que concluyendo por atacarlos á la bayoneta, los pusieron en completo desórden. La confusion de los ingleses no podia ser mayor: los soldados del 49.º regimiento no querian obedecer á los oficiales del 88.º; con los demás regimientos sucedió lo mismo, y todos los jefes fueron muertos ó heridos, á escepcion del coronel Windham, que en vano redobló sus esfuerzos para reorganizar el ataque. Un oficial ruso saltó el muro, derribó un gavion, aparejóse para establecer un cañon de campaña con admirable sangre fria, y al ver una maniobra tan atrevida, el coronel inglés mandó á sus soldados que le asestaran los fusiles, mas el oficial ruso logró sustraerse á todos los peligros, y su cañon de campaña comenzó á vomitar la metralla, poniendo en fuga al enemigo y ocasionando la muerte del mayor Wilsford, que cayó sin cabeza en el foso. El coronel Windham, que nunca abandonó su puesto, conoció que no habia tiempo que perder: tres veces este valiente jefe envió oficiales al general Codrington, que se hallaba en la primera paralela, para pedirle refuerzos, pero todos estos enviados fueron heridos, y el coronel se vió precisado á ir personalmente salvando un espacio descubierto de treinta metros, sin que en aquel trance solemne le abandonase tampoco la fortuna, como que siempre fué respetado por los proyectiles enemigos.

Temiendo que los ingleses reprodujeran el ataque, los rusos reforzaron la guarnicion del baluarte con el regimiento de Selinghinsk, que se hallaba en la reserva, y alcanzaron una nueva victoria contra el enemigo, que efectivamente hizo otra tentativa para pasar adelante; mas en este segundo combate los vencedores perdieron al coronel Mezentsoff, jefe del regimiento de Selinghinsk, que quedó muerto en el campo. Alentados por este nuevo triunfo, los rusos acometieron á los ingleses á la bayoneta y aun á pedradas, los arrojaron al foso, y los ingleses desordenados se precipitaron voluntariamente desde los parapetos sobre las bayonetas de sus camaradas, como si los persiguiera, no ya el enemigo, sino una fatalidad ciega ó inexplicable. Era la una y media: el desórden no podia ser mas completo: los muertos y los heridos yacian amontonados, y los sitiadores abandonaron el baluarte para establecerse en el foso, cayendo en poder de los rusos un oficial de estado mayor, ocho oficiales superiores y ciento veinte y ocho soldados, entre los cuales habia ochenta levemente heridos; pero despues de una breve resistencia fueron tambien arrojados del foso por un destacamento de voluntarios del regimiento de Uladimiro, mandados por el alferes Dubrovine. Este asalto duró una hora, y la division ligera solamente, que en la batalla de Elma habia perdido mil y un hombres, perdió en él mil treinta y siete.

Cuando el coronel Windham determinó trasladarse en persona á la primera paralela para hablar al general Codrington, temió que se diera una mala interpretacion á su celo, y dijo al capitán Crealock, del 90.º regimiento: «Si muero, quiero que se sepa porque me marché.» Refirióle enseguida el objeto de su diligencia, saltó el parapeto y el foso, y llegó sano y salvo á presencia del general Codrington, pero sus súplicas fueron desatendidas, porque el general Simpson, como confiesa en su parte, viendo las trincheras atestadas de soldados, creyó imposible organizar un nuevo asalto. El general Pélissier le ofreció refuerzos; mas el general inglés, asustado por la mortandad que acababa de producir en sus filas aquel desastre, prefirió diferir el nuevo ataque hasta la mañana del siguiente dia, y así lo manifestó al general Colin Campbell, á quien encargó la direccion de la columna de asalto, compuesta de los highlanders, haciéndola sostener por el general Eyre con la tercera division. Esta reso-

lucion echó el sello al descrédito de los ingleses, y particularmente del general Simpson.

El asalto del baluarte Central fué sumamente tardío y enteramente inútil. Aunque este baluarte debia ser asaltado al mismo tiempo que el de la Estrella mayor, los ingleses se habian retirado ya definitivamente á las trincheras despues de una lucha mortífera de mas de una hora, cuando el general de Salles estaba esperando todavía la señal del general Pélissier para proceder al asalto del baluarte del Centro, porque no le habian permitido observarla las nubes de polvo y humo que cubrian el horizonte, merced al norte que soplaba. A eso de las dos de la tarde el general de Salles supo de una manera positiva que el baluarte Korniloff estaba en poder del general Mac-Mahon, y lanzó al asalto del baluarte del Centro la division del general Levailant, quedando la brigada del general Cialdini en frente del baluarte del Mástil, y la division del general d'Autemarre á sus espaldas en concepto de reserva. Grande, aunque tardío, fué el ímpetu con que se arrojaron al ataque las tropas del general Levailant: las brigadas de esta division, á las órdenes de los generales Trochu y Couston se dirigieron contra el ángulo saliente del baluarte Central, el rebellin que los rusos llamaban de Belkine y el reducto Schwartz, pero su tentativa fué enteramente inútil en todos los puntos: en el rebellin de Belkine los franceses se vieron inmediatamente rechazados por la metralla del mismo rebellin y de las baterías Butakoff y Schemiakine, y no creyéndose en estado de resistir á tan horroroso fuego, desistieron de su propósito para engrosar la columna que se dirigia contra el ángulo saliente del baluarte Central. Esta atravesó el foso con una rapidez imponente, escaló la escarpa del parapeto, no obstante la lluvia de granadas de mano que le estaban arrojando los rusos, y penetró en el interior de la obra; pero pronto se vió atacada á la bayoneta por el regimiento de cazadores de Podolia, mandado por el coronel Alennikoff, y al cabo de un cuarto de hora se vió forzada á retirarse. Grandes fueron las pérdidas que sufrieron los franceses en este asalto, en especial los regimientos 24.º y 80.º de línea que entraron los primeros: los generales Couston y Trochu fueron heridos, y la mayor parte de los oficiales que se habian lanzado resueltamente al asalto fueron muertos á metralladas, fusilazos y pedradas; pero todavía fueron mayores las pérdidas que experimentaron en el reducto Schwartz. En el ataque de frente y del lado derecho los franceses fueron rechazados por la metralla y la fusilería del reducto, pero por el lado izquierdo consiguieron escalar el parapeto, rechazando un batallon del regimiento de Jitomir hácia el lado derecho, donde se empeñó una sangrienta refriega al arma blanca, y hubieran ocupado seguramente la obra sin la repentina llegada del general Krustcheff, que con dos batallones del regimiento de Minsk sostuvo al de Jitomir, á tiempo que el teniente coronel Verevkine, que ocupaba el barranco situado entre los baluartes Central y del Mástil, penetraba en el reducto mismo con dos compañías del regimiento de Caterineburgo. Estos esfuerzos decidieron el combate; los franceses, apesar de la prontitud con que hicieron avanzar sus reservas, no pudiendo sostener la violencia con que se vieron acañoneados de frente y de flanco, huyeron á sus trincheras abandonando á cincuenta y tres individuos que quedaron en poder de los rusos y entre los cuales habia el comandante del regimiento 46.º y cuatro oficiales superiores. Deseando corresponder al imprevisto triunfo que acababan de conseguir sus compañeros en Malakoff, los franceses rompieron otra vez un fuego terrible contra los baluartes Central y del Mástil; mas á eso de las cuatro y media, cuando el general de Salles se aprestaba á reproducir el asalto, el general Pélissier le envió á decir que las fortificaciones de Malakoff quedaban definitivamente en su poder, y que por tanto no habia necesidad de aumentar el derramamiento de sangre. El asalto



El general Simpson remitió también á Londres la noticia de aquella jornada á las once y treinta y cinco minutos de la noche, en estos términos:

«Las fuerzas aliadas han atacado las defensas de Sebastopol hoy á las doce del día.

»El asalto de Malakoff ha sido coronado por la victoria, y esta obra queda en poder de los franceses.

»El ataque de los ingleses contra la Estrella ha sido infructuoso.»

La retirada del general Gortschakoff en aquellas circunstancias fué un verdadero modelo, no solo por la oportunidad, sino por el orden y maestría con que se hizo. Verdad es que los rusos hubieran podido todavía sostenerse en Sebastopol por algunos días, como confiesa en su parte el general Niel; mas esta detención los hubiera espuesto á muy graves peligros, y por esto decía el *Times*:

«Sin duda hubieran podido (los rusos) conservar todavía la plaza por mucho tiempo; mas el general ruso es un hombre de sobrado genio y experiencia para encarnizarse en la defensa de una posición perdida, y ha verificado su retirada con una habilidad magistral, con un orden perfecto y en presencia de un enemigo victorioso, cubriendo sus espaldas con incendios y formidables explosiones, haciendo atravesar por sus tropas en estrechas columnas un brazo de mar profundo y dominado por nuestros cañones, llevándose sus municiones mas útiles, echando á fondo sus buques, incendiando sus fuertes sin embarazo y quemando las embarcaciones despues de haberlas utilizado para conseguir su objeto.»

Mientras los rusos estaban verificando su retirada, los ingleses enviaron un sargento minador acompañado de tres individuos para que fuera á reconocer secretamente la Estrella mayor, y les proporcionara todas las noticias que pudiesen facilitar el nuevo asalto proyectado, pues aunque el general Pélistier dijo posteriormente lo que estuvo muy lejos de decir á su debido tiempo, á saber, que ya habia visto desfilar por el puente mucha tropa y bagajes, lo positivo es que pasó toda la noche aparejándose para atacar otra vez al anochecer el baluarte de la Estrella menor del Carenero y todas las restantes defensas de la derecha, que hasta la salida del sol estuvo temiendo un nuevo ataque por parte de los rusos, y que el general Simpson no solamente esperaba la llegada del nuevo día para reproducir el ataque, sino que también temia sobremanera que con el nuevo asalto se reprodujera igualmente la completa derrota de sus tropas. El sargento enviado se dirigió silenciosamente al baluarte de la Estrella mayor con sus tres compañeros, penetró hasta los caballos frisones, se detuvo luego para escuchar atentamente, porque no podia creer en la ausencia del peligro, y habiendo observado por último que en las baterías no ocurría ningun movimiento, ni el menor indicio de defensores, subió al parapeto con el auxilio de una escala abandonada, penetró en el interior de la obra en medio del mas profundo silencio, oyó el ruido de algunos pasos que se iban alejando, y acto continuo se restituyó al campamento para llevar á sus jefes una noticia tan inesperada. Aun entonces, sin embargo, se abstuvieron los ingleses de ocupar el fuerte, porque temian alguna estratagema del enemigo, y á poco rato se felicitaron de no haberlo hecho, porque sus sospe-

por consiguiente habia concebido la idea de estenderse por la ciudad, dirigirse al puente y cortar la retirada al enemigo, pero que las explosiones de todos los edificios concluyeron por retraerle de su propósito. Esta explicación del general francés está muy lejos de ser satisfactoria, como que no concuerda del todo ni con sus antecedentes, ni con el parte que acabamos de continuar en el texto; pero lo cierto es que embarazado con su misma victoria, que en realidad no atribuía á su pericia, ni al reconocido valor de sus soldados, sino á la sorpresa de la torre Malakoff, ignoraba completamente la resolución decisiva que acababa de tomar el enemigo, y al propio tiempo se creia impotente para penetrar en la ciudad.

chas no habian alcanzado todavía la inminencia del peligro. Con efecto, no tardó en oirse una detonación espantosa que hizo temblar el campamento y á la que siguió un voraz incendio que llenó de pavor y sorpresa á los aliados; el resplandor de las llamas iluminó toda la península del Quersoneso; los franceses establecidos en las cercanías del Karabelnaia quedaron aterrados, y los habitantes de Kamiesch y de Balaklava se levantaron azorados y salieron al campo para conocer la causa de una novedad tan imponente y majestuosa: era el baluarte del Carenero que saltaba en el aire con un estrépito horroroso, irradiando en el horizonte como una manga de fuego de mil colores. Esta explosión era la señal de una destrucción completa: los rusos, á medida que se iban retirando pegaban fuego en las fortificaciones; los incendiarios iban recorriendo las calles para reducir á cenizas los edificios particulares, y así es que la ciudad de Sebastopol ofreció en breve á los sitiadores el espectáculo de una hoguera inmensa, acompañada de sucesivas y terribles detonaciones que arrojaban los escombros hasta una distancia de cinco verstas, y que trajeron á la memoria de los franceses los inmortales incendios de Moscou y de Esmolenseo. Durante aquella noche, eternamente memorable, saltaron sucesivamente en el aire en medio de un mar de fuego, treinta y cinco almacenes de pólvora, los principales edificios y casi todos los fuertes y baluartes que formaban las defensas de Sebastopol y del Karabelnaia; cubria la humareda, el horizonte de toda la meseta del Quersoneso; sucedíanse de una manera no interrumpida las explosiones, causando una serie de terremotos que mantenian un terror constante en el ánimo de los sitiadores, y el general Pélistier, que habia contado con establecerse en el cerro Malakoff, permaneció toda la noche en el cerro Verde contemplando aquellos sublimes horrores que, como dice él mismo, formaban un cuadro de los mas siniestros y mas imponentes que pueden hallarse en la historia de las guerras.

Quando resonaron en el fondo del barranco del Carenero los ecos de la primera detonación, todos los heridos franceses á quienes se trasportaba á las trincheras, quisieron detenerse para contemplar el espectáculo de la ciudad entregada á las llamas. De esta suerte quedaron toda la noche olvidando los penetrantes dolores de sus heridas, y entre ellos habia un sargento de infantería cuya vida tal vez hubiera podido prolongarse por dos ó tres días por medio de socorros pronto, pero que prefirió morir en aquel sitio incorporándose como pudo y apoyando la cabeza en una piedra, con la satisfacción que le causaba la vista de las llamas. Los compañeros de este sargento le aconsejaban que pasase por alto aquel espectáculo para que procurase por su restablecimiento; pero él despreció constantemente sus consejos, y sintiendo que le iban faltando las fuerzas se quitó el kepis, levantó el brazo y exclamó: «Adios, amigos míos; Sebastopol es nuestro: viva la Francia, viva el emperador.» Pocos minutos despues exhaló el último suspiro.

Los rusos completaron la obra de destrucción echando á pique los buques de vela que habia en el puerto, y únicamente dejaron intactos los vapores de que hacian uso para el transporte de las tropas y cuyos nombres eran los siguientes:

*Uladimiro.*

*Crimea.*

*Quersoneso.*

*Besarabia.*

*Gromonossets.*

*Elborus.*



del baluarte Central, del rebellin de Belkine y del reducto Schwartz costó muy caro á los franceses, como que quedaron tendidos en el campo los generales Rivet y Breton; muchos otros oficiales superiores prefirieron morir á retirarse, y los generales Cochuston y Troduc fueron heridos á la frente de sus tropas y en lo alto de los parapetos enemigos, de suerte que se vieron obligados á dejar el mando. La victoria de los rusos en estos tres puntos fué presenciada por el conde Osten-Sacken, que llegó á la primera seccion de la línea de defensa en el instante en que los franceses asaltaban el rebellin de Belkine y el reducto Schwartz.

A consecuencia de todos estos hechos se retiró la orden que se habia comunicado para proceder al asalto del baluarte del Mástil, y los piemonteses tuvieron el sentimiento de haber pasado el dia sin hacer nada.

Después del asalto del baluarte Central se produjo un hecho muy notable que arguye la caballeridad del carácter francés. Mr. Pousin, subteniente abanderado del regimiento 39.º de línea y sucesor de Mr. Poitevin, que murió en la batalla de Elma, habiendo visto que al pié del baluarte habia un capitán del mismo regimiento que estaba herido y abandonado, se presentó á su compañía y pidió cuatro hombres de buena voluntad para traerle á la trinchera. Los amigos de Mr. Pousin le aconsejaron que esperase una ó dos horas, diciendo que era una imprudencia acercarse al enemigo á la luz del dia; mas el valiente abanderado despreció la advertencia, y atravesando el parapeto con cuatro hombres que se prestaron á acompañarle, fué al encuentro del capitán herido, le levantó y le colocó en hombros de los cuatro individuos para ponerle en salvo. No bien hubo dado algunos pasos para restituirse á la trinchera, Mr. Pousin fué alcanzado por una bala rusa y quedó muerto en el acto, pero tanto el herido como sus conductores pudieron salvarse.

Cuando los rusos hubieron rechazado definitivamente á los franceses en los ataques de la izquierda, todavía duraba la lucha empeñada en el baluarte Korniloff. Esta lucha, que causó mucha sangre á entrambos ejércitos, puso de manifiesto la imposibilidad de tomar por la fuerza á Malakoff, pues apesar de las numerosas pérdidas que causaron en aquel punto á los franceses los desesperados esfuerzos de los rusos, y la explosion de un polvorin que hizo desaparecer por un momento el águila del 94.º, los sitiadores sostuvieron siempre ventajosamente aquella posicion formidable ocupando por último la izquierda de la cortina. El general en jefe del ejército ruso determinó á eso de las cuatro y media, como llevamos dicho, suspender el ataque y evacuar la parte meridional de Sebastopol, trasladando las tropas á la parte septentrional por medio del gigantesco puente que el general de Buchmeyer habia echado sobre la rada y á favor de los vapores y demás buques que tenia preparados el vice-almirante Novossilsky.

Esta empresa era sumamente difícil, porque tenia de verificarse en presencia de un ejército enemigo de mas de cien mil hombres, y porque bastaba con la explosion de una bomba para destruir el gran puente de la rada; mas el general Gortschakoff dió pruebas admirables de sagacidad, porque las medidas que habia tomado para que las tropas ejecutaran aquella peligrosa retirada surtieron el mejor éxito posible, como vamos á ver.

Los voluntarios y una parte de los artilleros quedaron en la línea de defensa sosteniendo un fuego no muy vivo de artillería: los regimientos de Tobolsk, de Volhinia y de Minsk ocuparon la parte derecha de las líneas de barricadas que se habian construido en el interior de la ciudad, y los de Azof y de Odesa se apostaron en la parte izquierda; en seguida los diferentes cuerpos se dirigieron silenciosamente á la plaza Nicolás; luego se dividieron en dos partes á favor de las tinieblas; las tropas de la ciudad atravesaron la bahía por medio del puente, y las

del Karabelnaia se trasladaron á bordo de los vapores y demás buques, y cuando todos los cuerpos hubieron evacuado la plaza Nicolás y el cabo Pavlovsky, replegaron tambien á los puntos por donde debian pasar la bahía los voluntarios, el resto de la artillería y las tropas que tenian á su cargo la custodia de las barricadas. No se contentaba sin embargo el general Gortschakoff con la gloria de una retirada tan triunfante: fiel á las tradiciones rusas, queria destruir la ciudad entera para que el enemigo no pudiera aprovecharse de sus despojos, y á medida que se iban retirando las últimas tropas de los diversos puntos de la línea de defensa, inutilizaban las piezas de artillería gruesa, incendiaban los almacenes de pólvora, pegaban fuego á los diferentes edificios de la ciudad y hacian saltar los baluartes por medio de cables eléctricos que comunicaban con las minas que se habian dispuesto con mucha anticipacion. Los franceses, agobiados por el peso de una victoria que les parecia imposible, no se atrevian á penetrar en la ciudad para perseguir al enemigo, y á las diez de la noche el general Gortschakoff se halló en estado de transmitir á San Petersburgo la comunicacion siguiente:

«La guarnicion de Sebastopol, despues de haber sostenido un fuego infernal, ha rechazado seis asaltos, pero le ha sido imposible arrojar al enemigo del baluarte Korniloff.

»Nuestras valientes tropas, que han resistido hasta el último trance, se están trasladando á la parte septentrional de Sebastopol, y el enemigo hallará únicamente en la parte meridional un monton de sangrientas ruinas.»

¿Qué hacian sin embargo los franceses entretanto que los rusos se dedicaban á todas aquellas operaciones tan complicadas y tan difíciles? Sin sospechar siquiera aquella resolucion decisiva del enemigo, trabajaban en las posiciones conquistadas esperando la llegada del siguiente dia para hacer reconocimientos; los generales Thiry y Niel, de acuerdo con los generales Beuret y Frossard, tomaban sus disposiciones para consolidarse de una manera definitiva en Malakoff y en la parte de la Cortina que habia quedado en su poder, aparejándose para resistir á cualquier ataque nocturno que pudieran emprender los rusos; y mientras el principe Gortschakoff remitia á su gobierno la comunicacion anterior, el general Pélassier transmitia á Paris el siguiente parte:

«A las doce del dia se ha dado el asalto á Malakoff, y nuestros valientes soldados han ocupado sus reductos y la estrella del Carenero con admirable energía, á los gritos de *viva el emperador*.

»Acto continuo nos hemos dedicado á alojarnos en estos puntos, y lo hemos conseguido en Malakoff, pero la estrella del Carenero no ha podido ser conservada ante la poderosa artillería asediada contra los primeros ocupantes de esta obra. Sin embargo no tardará en sucumbir á nuestra sólida instalacion en Malakoff, lo mismo que la Estrella, de cuyo ángulo saliente se han apoderado nuestros valientes aliados con su vigor de costumbre, aunque, como en la Estrella del Carenero, se han visto forzados á ceder á la artillería enemiga y á sus poderosas reservas.

»Apenas ha visto que nuestras águilas ondeaban en Malakoff, el general de Salles ha emprendido dos ataques contra el baluarte Central, pero estos ataques han sido infructuosos, y nuestras tropas se han restituido á las trincheras.

»Nuestras pérdidas son graves, aunque no me es posible determinarlas; pero las hemos compensado ampliamente, porque la toma de Malakoff es un triunfo de consecuencias inmensas (1).»

(1) El general Pélassier, en el parte circunstanciado que remitió á su gobierno en 14 de setiembre, pretende cohonestar su conducta diciendo que al anochecer del dia 8 habia presentado ya la retirada de los rusos, y que